

Editorial

Un acercamiento al debate en torno a la postmodernidad: Lyotard versus Sokal y Bricmont

Otfried Höffe en su «*Breve historia ilustrada de la filosofía*» (2001), nos presenta a la postmodernidad como una rebelión del hombre frente a los prejuicios heredados de la modernidad, la cual centra su interés en la epistemologización del discurso filosófico más que en promover verdaderas transformaciones; esta respuesta postmoderna consistió “[...] en el abandono de los «grandes marcos discursivos» en que se expresa la conciencia de la modernidad”.

Ahora bien, como todo sistema filosófico, la postmodernidad tiene defensores y detractores. *Los primeros*, intentan mostrarla como una salida al estancamiento producido por las ideas derivadas de la ilustración y la modernidad, basadas en la emancipación de la humanidad y el interés por lo único, absoluto y universal. *Los segundos*, critican la ambigüedad implícita tanto en su contextualización histórica como en los propósitos que se trazan para fundar una *filosofía transformadora*, en tanto que los filósofos postmodernos poseen un rasgo que dificulta la transmisión y comprensión de las cuestiones más elementales: la densidad e ininteligibilidad de su discurso.

Estas particulares concepciones nos llevan a plantear diversas interrogantes: ¿existen posibilidades de encuentro entre defensores y detractores?, ¿en la actualidad, qué tan depositarias del ideario postmodernista son las universidades e institutos de investigación?, ¿cuál es la dificultad presente en el discurso de la postmodernidad?, ¿qué tan significativo es el aporte de los pensadores postmodernos? Tales preguntas solo pueden ser respondidas mediante el estudio de las figuras más representativas de ambas posiciones, sin embargo, dado el estado actual del debate, con relación a la primera interrogante, se puede adelantar que se han levantado

muchísimas barreras para las posibilidades de encuentro entre ambas visiones, ya que se han asumido perspectivas radicales que, más que acercarlas, han terminado por alejarlas; las respuestas a las otras cuestiones trataremos de responderlas desde los aportes del filósofo francés Jean François Lyotard (1924-1998) y de los científicos Alan Sokal (1955) y Jean Bricmont (1952).

Lyotard, como defensor de la visión postmoderna, manifiesta en su obra *«La condición postmoderna»* (1979) que esta concepción “[d]esigna el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas de juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX”. Para el filósofo francés, todo ello comienza cuando los grandes metarrelatos de la modernidad y la ilustración pierden vigencia en favor del establecimiento de criterios de verificación para determinar la validez argumental. Estos metarrelatos son creencias que buscan legitimar el saber y que, en este intento, asumen la forma de teorías y formulaciones abstractas derivadas de la historia.

La legitimación de saberes en la modernidad y la ilustración se resumen, para Lyotard, en dos formas: “[u]na es aquella que tiene por sujeto a la humanidad como héroe de la libertad. Todos los pueblos tienen derecho a la ciencia. Si el sujeto social ya no es el sujeto del saber científico, es que lo impiden los sacerdotes y los tiranos. El derecho a la ciencia debe ser reconquistado [...] [...] Con el otro relato de legitimación, la relación entre la ciencia, la nación y el Estado da lugar a una elaboración completamente diferente”. La primera forma de legitimación es más política, debido a que su finalidad consiste en el desarrollo y consolidación de un ideal libertario e igualitario basado en la preparación académica y el libre acceso al saber, los cuales se han perdido y deben recuperarse para la humanidad. La segunda forma es distinta porque recae sobre los criterios veritativos de los sistemas especulativos que se configuraron en las universidades, donde los saberes eran claves para el sostenimiento del presupuesto moderno de emancipación del hombre.

No obstante, en la sociedad postmoderna, ambos relatos quedan deslegitimados porque los problemas se plantean en otros términos: para Lyotard, por ejemplo, sigue siendo válido el leguaje de las ciencias positivas, aunque primero deben resolverse las confusiones generadas por las presuposiciones axiomáticas y formales del leguaje científico. Por otra parte, queda relegado el relato de la formación universitaria basada en la especulación, por cuanto en la postmodernidad los saberes científicos se solapan y se invaden en sus respectivos terrenos, en cuyo caso, la univer-

sidad ha perdido exclusividad en la generación del conocimiento, configurándose como instituciones que transmiten el saber que consideran ya establecido.

En términos generales, en su vida y obra, Lyotard critica cualquier intento de formar un metarrelato que retrotraiga el pensamiento a los cánones de los criterios de emancipación de la modernidad. Esto implica que, en el desarrollo de su obra, se enfrenta a la conformación de sistemas universales, materializados en metadiscursos religiosos, sociales, políticos y económicos. En síntesis, “[e]l saber postmoderno no es solamente el instrumento de los poderes. Hace más útil nuestra sensibilidad ante las diferencias, y fortalece nuestra capacidad de soportar lo incommensurable. No encuentra su razón en la homología de los expertos, sino en la paralogía de los inventores”.

En una posición totalmente contraria se encuentran Sokal y Bricmont, cuyo trabajo *«Imposturas intelectuales»* (1997) sirvió de marco para criticar la predisposición de diversos filósofos postmodernos a emplear y extrapolar, de forma abusiva y sin sentido, términos físico-matemáticos con el propósito de ser objeto de admiración por una supuesta sabiduría que, en todo caso, les es ajena. Esta obra representa una bofetada al lenguaje *pseudocientífico* presente en muchos terrenos académicos donde se recurre a una irritante terminología, carente de lógica y contexto, con la cual se pretende dar la impresión de que se es «dueño» de un inalcanzable nivel de erudición.

De esta manera, Sokal y Bricmont sostienen: “[...] ...famosos intelectuales como Lacan, Kristeva, Irigaray, Baudrillard y Deleuze han hecho reiteradamente un empleo abusivo de diversos conceptos y términos científicos, bien utilizando ideas científicas sacadas por completo de contexto, sin justificar en lo más mínimo ese procedimiento [...] [...] bien lanzando al rostro de sus lectores no científicos montones de términos propios de la jerga científica, sin preocuparse para nada de si resultan pertinentes, ni siquiera de si tienen sentido”.

Todo ello, se complementa con la concepción que nuestros científicos tienen, por un lado, sobre el papel de las ciencias duras y, por otro lado, de la sociología de la ciencia. El alcance de las primeras para explicar los fenómenos sociales es limitado, puesto que sus teorías no son aplicables al estudio de la sociedad. En cuanto a la segunda, muy en consonancia con lo anterior, tampoco se puede asumir la impostura intelectual de sociologizar los métodos de todas las ciencias, dado que cada una de ellas posee particularidades metodológicas.

En el cuerpo de «*Imposturas intelectuales*», se enumeran las dificultades del abordaje actual de las ciencias: 1. Referir teorías científicas de las que se desconocen sus aspectos sustanciales, acompañado de una terminología pseudocientífica que desvirtúa su verdadero significado; 2. Extender al ámbito de las ciencias humanas o sociales los métodos propios de las ciencias naturales; 3. Emplear una enorme cantidad de términos, incongruentes entre sí, con la finalidad de dar la impresión de erudición; y, 4. Apelar a frases sin sentido.

En síntesis, Sokal y Bricmont dirigen sus críticas contra las imposturas de la postmodernidad que consiste en un desconocimiento de los contextos científicos y el alcance de las ciencias particulares, aun cuando no consideran que estos sistemas filosóficos y científicos representen un peligro para el progreso del mundo, pues, vistos a escala mundial, son una visión marginal y con poca trascendencia.

Así pues, queda claro que el pensamiento postmoderno está en el centro del debate. Su trascendencia dependerá de que sus representantes más reconocidos logren resolver las limitaciones que, sean ciertas o no, se le imputan desde terrenos de la ciencia, de lo contrario, lo que le aguarda en el horizonte es su indefectible superación y olvido, destino inexorable de los sistemas que se cierran a la crítica y el escrutinio propios del debate filosófico.

Dr. Alí Javier Suárez-Brito
Director-Editor de Ethos Venezolana